

nis Patèrnitas in cœlis et in terra.” (44) Padre suyo le llamaba Jesucristo: “Ascendo ad Patrem meum” (45); pero es igual á él y una misma cosa con él; son el mismo y solo Dios: “omnia quæcumque habet Pater mea sunt” (46) “Ego, et Pater unum sumus.” (47)

El Hijo, es Hijo, porque vino del Padre; el Padre lo engendró desde toda eternidad: “Dominus dixit ad me: *Filius meus* est tú, ego hódic genui te: (48) ese día, ese *hodie*, como no tuvo principio ni tendrá ocaso por pasar en el reino de la eternidad, es un día eterno, “*dies æternitatis*,” es día, porque á la luz la llamó Dios día: “*Appellavitque lucem diem*,” (50) y porque la luz alumbró y llena perpetuamente la morada de Dios: “*clàritas Dei illuminat eam . . . . . et nox non est illic*,” (51) En ese día, pues, sin aurora ni crepúsculo, eternamente lúcido y sin sombras fué engendrado por el Padre, Aquel ante quien se abrió sobre este mundo la gloria de los cielos, dejando escuchar estas palabras. “Este es mi Hijo amado, en quien siempre me he complacido, á él escuchad. (52)

El Espíritu Santo, es Espíritu Santo, porque es el Espíritu de Dios: “*Spiritus Dei*,” (53) Es Espíritu de fortaleza, porque procede del Padre, “*quia à Patre procedit*,” (54) y el padre representa el poder: “*in manu tua est fortitudo et potentia*,” (55) es Espíritu de sabiduría, porque procede también del Hijo, y el Hijo es la sabiduría: . . . . .” ille me clarificabit quia de meo accipiet, et annuntiabit vobis: (56) In quo, (id est, in Filio) sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ Dei: (57) Es Espíritu de piedad, de caridad, de amor de Dios, porque es el término y la expresión del amor con que se aman el Padre y el Hijo; siendo este Espíritu de la caridad, del amor de Dios, Dios también, como el Padre y como el Hijo: “*Deus est charitas*,” (58) y una sola y exclusiva Divinidad con ellos: “*et in tres unum sunt*,” (59) Este es, en fin, aquel Operador Omnipotente y especial del misterio de la Encarnación, á quien anunciaba Isaías, por estas bellas y magníficas palabras: “*Et requiescet super eum* (id est super Christum) *Spiritus Domini, Spiritus sapientiæ, et intellectus,*

44. *Ephes. III. 15.*—45. *Joan. XX. 17.*—46. *Joan. XVI. 15.*—47. *Joan. X. 30.*—“*Non ergo diversum, quia unum; non unum, quia sumus*” S. Agustín, à Migne citat, in textum.

48. *Psal. II. 7.*—49. *II. Pet. III. 18.*—50. *Genes I. 5.*—51. *Apoc. XXI. 23 y 25.*—52. *Matt. XVII. 5.*—53. *Genes. I. 2.*—54. *Joan. XV. 26.*—55. *II. Pral. XX. 6.*—56. *Joan. XVI. 14.*—57. *Colos. II. 3.*—58. *I. Joan. IV. 8.*—59. *Joan. V. 7.*

*Spiritus Consilii, et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis, et replebit eum spiritu timoris Domini*,” (60) *Spiritu timoris Domini*, porque procediendo del Hijo, que es la sabiduría, debía también de infundir el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría. (61)

Y así como el Padre es eterno, así es eterno el Hijo y eterno el Espíritu Santo: porque aunque el Padre de nadie procede, ni por nadie fué engendrado ni espirado; sino que antes bien él es la fuente y origen de las perfecciones y procesiones divinas, comunicadas por él sin reserva á las otras Personas, puesto que: *Quæcumque Pater facit, hæc et Filius similiter facit &c.*, (62) como aquella generación y aquella espiración, son desde toda eternidad, por que Dios jamás dejó de ser luz ó palabra viva, de sabiduría, ni espíritu de amor, por esto el Hijo y el Espíritu Santo son igual y consustancialmente eternos con el Padre; así es que, aunque se dice que el Hijo fué engendrado y el Espíritu Santo espirado, como si se hablara de cosa ya pasada, esto solo es para denotarnos la perfección de estos actos, simplisísimos desde toda eternidad. (63.)

Dios, pues, es un ser uno y simplisísimo: “*unus est Deus*,” “*Spiritus est Deus*,” y es trino en sus personas, como es uno en su esencia: “*tres sunt qui testimonium dant in cœlo: Pater, Verbum et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt*,” constituyendo esa Unidad divina, y esa Trinidad Personal y adorable, al mismo y solo Dios, que reina sobre los cielos y la tierra, á quien adora el cristianismo, “clamando al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo” (64); y recibiendo la regeneración espiritual y la adopción gloriosa de hijos de Dios, en las aguas del bautismo, “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, por ordenación divina.” (65)

60. *Isai. XI. 2 y 3.*

61. *Ecl. I. 16.*

62. *Joan. V. 19.*

63. *Hodie*, presentis temporis adverbium, denotat *perseverantiam* generationis, absque successione: *genui* vero, verbum præteriti temporis, *perfectionem*, et *consumationem*. Coccius in textum, à Migne citat.

64. *Habemus accessum ad Patrem, per Filium in uno Spiritu.* *Ephes. II. 18.*

65. *Euntes ergo, docete omnes gente: Baptizantes eos, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.* “*Matt. XXVIII. 19.*”

como por su infinita sabiduría, las conoce à todas; y así como por su inmensidad, que todo lo llena, las ve à todas: "Non est ulla creatura invisibilis in conpectu ejus," [80] y las llama à todas por sus propios nombres: "omnes ex nómine vocat," [81] sin padecer equívoco, ni sufrir olvido, así quedò de íntegro é infinito en su ser, y en sus perfecciones divinas, despues de tanto dar y de tanto producir; porque es el esencial existir, la indiciente sabiduría, la inagotable bondad, el perenne poder y el resúmen eterno de la verdadera gloria.

Siendo, pues, Dios en sí mismo la magnificencia, la gloria y el Sumo Bien: teniendo en sí mismo la verdadera é indeficiente felicidad, en aquella plenitud infinita y absoluta propia de su ser: bastándose plenamente así mismo, y no necesitando de nadie; como es al mismo tiempo la Suma Bondad, y como la bondad gusta siempre de derramar sus beneficios hàcia otros; quiso pasar, y pasó *ad extra* aquel poder, aquella sabiduría y aquel espíritu de amor y de felicidad, como por una superabundancia de sus eternas é inagotables virtudes; haciendo con esto, que las criaturas saliesen de la oscuridad de la nada, à contemplar y glorificar la majestad de su Dios, y á participar con él de los dones que les dispensaba.

Y criò à los Angeles, por la accion todopoderosa de su Verbo; pero instantáneamente, con un simple acto de su soberana voluntad, en que revelaba la eternidad de su ser. Y aparecieron los Angeles à su llamado. Resplandecieron de súbito, llenos de vida, aquellos espíritus de fuego, [82] que un momento antes constituian la nada, *eran nada*. Y los fué llamando con aquellos nombres que les habia preparado en su alto consejo; y los colocó en estas diversas gerarquías: Angeles, Arcángeles, Tronos Dominaciones, Principados, Potestades, Virtudes, Querubines y Serafines. [83] A siete de ellos colocó ante su trono é in-

80. Hebr. IV. 13.

81. Isai. XL. 26.

82. Psal. CIII. 4.

83. Estas son las órdenes y jerarquías angélicas de que nos hablan las Sagradas Escrituras. De los Angeles y Arcángeles, se habla frecuentemente en todas ellas: de los Querubines y Serafines, hablan muchas veces los Profetas; y de las Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones y Tronos, nos habla S. Pablo. (Rom. VIII. 38.—Colog I. 16.) El nombre de Angel, que significa *enviado de Dios*, conviene á todos ellos, porque todos son *ministros*: "Omnes sunt administratori spíris-

mediatos á su trono, como representantes de sus virtudes,

tus, in ministerium missi, propter eos qui hereditatem capiunt salutis (Hebr. I. 14.); mas este nombre genérico, no explica su naturaleza; pues, aunque todos son ministros, enviados ó espíritus, que todo es lo mismo, porque desempeñan instantáneamente, por la naturaleza de su ser los mandatos de Dios [Psal. CIII. 5.], todos pertenecen á un mismo orden ó gerarquía. Los simples Angeles, son enviados ordinarios; mas los Arcángeles, son los ministros extraordinarios. Así, Miguel es Arcángel [Judá V. 9.] y fué enviado, al frente de las milicias celestes, á vencer al demonio y demás ángeles rebeldes, que perturbaron el orden y tranquilidad de los cielos: así Gabriel, fué el nuncio feliz de la regeneracion humana, en la Encarnacion del Divino Verbo; y así Rafael, fué el enviado de Dios para acompañar y librar de los peligros al jóven Tobias, y para restaurar la vista al virtuosísimo Tobias el anciano. Por esto en su nombre llevan la fama de sus virtudes: Miguel quiere decir: "¿Quién como Dios?" "Nadie prevalecerá contra Dios:" [\*] Gabriel, quiere decir: "Fortaleza de Dios," [\*\*] por cuanto fué el nuncio del Cristo, que con su poder, venia á destruir el poder del demonio sobre el mundo, venia á vencer á las potestades de las tinieblas que tenian dominado al orbe; y Rafael "Medicina de Dios," [\*\*\*] por cuanto sanó á Tobias de la ceguedad de sus ojos.

\*. Segun Bergier, en su Diccionario teológico, viene de *Mi-cha-el*.\*\*. Viene de *Geber*, varon, y *el*, Dios; es decir: Varon de Dios, Hombre-Dios, Cristo, Dios fuerte; por ser el nuncio del Vencedor de las potestades de las tinieblas. Migne, comentario al V. 31. Lib. XI de Daniel.\*\*\*. Viene de *Rapha*, curar, medicinar, y *el*, Dios, esto es: "Medicina de Dios; por esto es el Patrono de los médicos y de los enfermos. Migne, comentario al V. 25. cap. V. del L. de Tobias.

Estos tres nombres, respecto de los siete Arcángeles, son los únicos que reconoce la Iglesia; los demas, como Uriel, Tubuel &c., son ficcion de los hombres. El Concilio Romano presidido por el Santo Papa Zacarias (1927), declaró apócrifos estos últimos nombres; diciendo al efecto aquel Santo Padre: "Nosotros, enseñados por nuestro santo Apostolado, y por lo que recibimos de la tradicion divina, no conocemos mas nombres de Angeles que estos tres: Miguel, Gabriel y Rafael..... los demas son mas bien nombres de demonios que de Angeles." Véase á Migne, Curso de Sagrada Escritura: *Questiúneula*, in *librum Tobiae*.—Puede hacerse aplicacion de esto á la Mesiada.

[84] y à los demás, en rededor de su trono de majestad y de luz.

“El apareció sentado sobre su trono. Sus vestiduras cándidas y purísimas como de nieve: sus cabellos venerables, como de un anciano lleno de majestad, denotando en ellos la eternidad de su ser: su rostro brillaba con una juventud inagotable, revelando su perpetuidad: su trono era de llamas de fuego, y sobre ruedas de fuego, se hallaba asentado: inagotables raudales de fuego emitia de su rostro: sus Angeles, en millares de millares, desempeñaban sus mandatos, y en diez mil centenas de millares asistian ante él; y una gran voz anunciaba su alto consejo y llenaba los cielos.”

(S. Gregorio Papa. Hom. 34, in Evangelia).

### 3. $\approx$ GERARQUIA.

Así, pues, los Angeles, son nuncios inferiores.

Los Arcángeles, son los nuncios de los grandes misterios, y preceden á los Angeles.

Los Principados, son los que preceden á las órdenes inferiores para ejercer los ministerios divinos.

### 2. $\approx$ GERARQUIA.

Las Potestades, son las que, aun mas poderosas que los otros, recibieron la facultad de tener sujetos bajo su poder á los demonios, á fin de que no dañen, cuanto quieren, á los hombres.

Las Virtudes, son las que, poseedoras de gran fortaleza y energía, obran los milagros y prodigios.

Las Dominaciones, son las que, adornadas de un admirable poder, se elevan sobre los demás órdenes inferiores, los que les están sometidos y prestos á obedecerlas.

### 1. $\approx$ GERARQUIA.

Los Tronos, son aquellos últimos Espíritus, que son como el trono de Dios, por cuanto en ellos descansa.

Los Querubines, son los que brillan por su inmensa sabiduría y

Los Serafines, llamados así, porque son unos Espíritus que se abrasan en el fuego y caridad de Dios. Estos nueve órdenes ó coros, se dividen por los PP. y TT. en tres gerarquias, segun el orden ascendiente y sucesivo en que los hemos colocado. Véase á Migne en su Curso de Teología, de símbolo Fidei. Art. I.  $\S$  XVI. n.º VI.

84. Para que representen y presidan (el ejercicio) de las siete prin-

“Mas á aquella gran voz, sucedió el silencio. . . . . Lucifer, uno de los mas grandes y hermosos Angeles, “hinchado de soberbia,” (85) á vista de su hermosura deslumbrante, (86) se rebeló contra su Criador, diciendo: “Me levantaré al cielo, y sobre los astros del cielo exaltaré mi trono. . . . . me levantaré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo.” (87) Y seduciendo á otros muchos, (88) negó la obediencia à su Señor y su Dios, profanando su santa y sublime morada. Mas Miguel, el Gran Príncipe de las milicias celestes, (89) salió à su encuentro, acompañado de sus Angeles, y lidiando con él, lo venció y lanzó de aquella morada de la gloria y de la paz, “hasta los oscuros antros del averno,” para ser ahí atormentado por el fuego. (90) Así fué humillado aquel “rey de los hijos de la soberbia.” (91) Cayó aquel dragon (92) como relámpago de luz, que desprendiéndose de los cielos, descendió á la tierra, (93) arrastrando consigo, en su caída, la tercera parte de las estrellas del cielo; (94) y en union de los compañeros de su rebelion, fué entregado à las llamas para ser ahí atormentado y reservado para el juicio. (95) Los demás Angeles permanecieron fieles en

principales virtudes teologales y cardinales, ó las opuestas á los siete vicios, ó á los siete dones del Espíitu Santo, por esto son ellos representados en el candelero de siete mecheros (Exod. XXV. 37.) y en las siete estrellas con que apareció el Hijo del hombre en el Apocalipsis de S. Juan (I. 20.), que encerraban un misterio, pues con sus virtudes ilustran al mundo. Ellos presentan á Dios las oraciones de los fieles (Tob. XII. 12.) y ruegan por ellos á la Majestad Divina. “Migne hácia el texto citado de Tobias.

85. Job. XLI. 25.

86. Isai. XIV. 12.

87. Ibid.

88. Apoc. XX. 9.

89. Dan. XII. 1. y Apoc. XII. 7.

90. Dan. VII. 11.

91. Job. XLI. 25.

92. Dragon le llama la Sagrada Escritura por su ferocidad y soberbia: diablo, por calumniador: satanáas, como adversario, como enemigo de todo lo bueno: asmodeo, como destructor, exterminador, devastador; y luzbel, ó lucifer (que lleva la luz), por la grandeza de su origen; nombre que ya no le corresponde, despues de su caída.

93. Luc. X. 18.

94. Apoc. XII. 4.

95. II. Pet. II. 4.—De la caída y castigo de Luzbel, con los demás

aquel día de su prueba y libertad, (96) y dieron gloria al Dios

ángeles malos, se hace mención en varios lugares de la Sagrada Escritura, ya de una manera directa y literal, ya indirectamente y en sentido espiritual. Ezequiel, por ejemplo, trae este magnífico y deslumbrante cuadro, en donde el contraste de la luz y de las sombras no puede ser más animado. Luzbel, "hijo de la aurora," según la bella expresión de Isaías: ("¿Cómo cediste de coelo, Lucifer, *qui mane oriebaris?* XIV. 12.), era según Ezequiel, "sello de semejanza de su grande Artífice" (*signaculum similitudinis sui opificis*): creado en medio de las delicias del Paraíso de Dios, adornado en sus aureas vestiduras, con toda piedra preciosa, y venido á la luz de la existencia, entre los suaves conciertos de los instrumentos músicos. Era un Querub grande y poderoso, puesto sobre el monte santo de Dios, y cuyos pies hollaban un pavimento de luminosas piedras. Creado en la perfección de su alta condición ó gerarquía, y puesto en los caminos de la santidad; hasta que, lanzándose á la iniquidad (de su soberbia: "in coelum concendam"): abundando sus entrañas en iniquidad y pecado (similis ero Altísimo), y habiendo perdido su santificación, fué arrojado de aquel monte santo, y lanzado de aquel suelo de deslumbrantes piedras, á la tierra" (hasta la profunda caverna, in profundum lacu, según Isaías XIV. 15; ó según la expresión de S. Pedro, II. II. 4," hasta el oscuro Tártaro"), para ser ahí atormentado (con cadenas de tinieblas, "catenis caliginis," el griego, ó "vinculis æternis sub caligine" según el texto latino, Judá v. 6) con el fuego, que brotando de sus mismas entrañas, le devoraría y abrazaría perpetuamente, dejando atónitos á los que le contemplasen en su alta grandeza y en su desastrosa caída. (Ezequiel XXVIII. 12 al 19.) Tiemblen pues las potestades de la tierra, cuanto más elevados se vean! y ¡tiemblen también las hermosuras del mundo, mientras más hermosas se contemplen, si en lugar de fijarse en Dios, se fijan en sí mismas; pues si Dios les ha dispensado mayores gracias, es necesario que no olviden, que al par de tener que dar más estrecha cuenta de sus mayores dones, llevan estos en vasos frágiles, "in vasis fictilibus," (II. Cor. IV. 7.) que á la hora menos pensada, pueden ser rotos al soplo abrasador de la soberbia, que nace del mismo corazón, tornándose con esto, de vasos de honor y de gracia, en vasos de ignominia y condenación.

96. Entre los teólogos, no han faltado quienes sostengan que la prueba y caída de los ángeles vino de la revelación que Dios les hizo del portentoso misterio de la Encarnación. Dicen que los ángeles que cayeron, llenos de envidia de la altísima dignidad y honor á que iba á ser elevado el hombre, en la persona adorable del Verbo humanado, en quien debían de adorar ellos mismos, negaron su obediencia y sumisión á este misterio de las piedades de Dios; siendo en consecuencia,

de las alturas, diciendo: ¡"Salud á nuestro Dios"! (97)

Todo esto pasaba en las alturas en el primer día de los tiempos, después que Dios, según las palabras de Moisés, había creado los cielos y la tierra, en aquel *In principio*, que precedió á todo tiempo, según este texto,

"En el principio crió Dios el cielo y la tierra. (98)

condenados al fuego. Esta alta y magnífica doctrina, que tiene en su apoyo aquel texto de la Sabiduría: "invidia diaboli, mors intra vit in orbem terrarum (II. 24.), á la vez de enaltecer y explicar mejor la creación del hombre, explica también más claramente la caída de los ángeles. Si así fuere, ¡gloria por ello al Dios de las alturas! que así se compadecía y descendía á aquellos á quienes dió una alma de facultades poderosas, de aspiraciones inmensas, en vasos de humilde y frágil barro.

A nosotros no nos admira este caso, ni nos admiraría tampoco ver al Autor de todas las cosas, sujetando á la vez la fé y la sumisión de los Angeles á aquel gran misterio que se obraría en la tierra para bien del hombre; así como sujetó en la tierra al hombre á los altos misterios que pasan en el consejo de los cielos, en presencia de los Angeles; así porque uno mismo es el Rey y Señor de todos, como porque la fé parece haber sido siempre la piedra de toque para la adopción de hijos de Dios, por cuanto por la fé sometió á Dios la criatura racional, lo más alto de su ser, su inteligencia; lo que más la precipita y de lo que más se paga, su propio juicio, y lo que más se opone á Dios, por la soberbia. Atribúyese tan sublime doctrina al grande y sutil Juan Escoto, escocés de nacimiento, que floreció á fines del Siglo XIII y principios del XIV; famoso así por la brillante defensa que hizo de la Inmaculada Concepción de María, como por la doctrina de que nos ocupamos; y por la cual sostiene que si Adán no hubiera pecado, el Verbo siempre habría encarnado, porque esta encarnación tendía sustancialmente, á ennoblecer y glorificar á la humanidad. Grandioso como es este concepto, nos parece inferior á este bello texto: "De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito," (Joan III. 16.) y si este no parece demasiado explícito, aquí está este otro, en que el Verbo ó Sabiduría del Padre, anuncia el piadoso amor que le llevó á desposarse con la humanidad para levantarla y ennoblecerla: "et delitiæ meæ esse cum filis hominum." (Prov. VIII. 31.) ese: "*estar*" quiere decir á nuestro entender, algo más que correr á salvarla.

97. Apoc. VII. 10. La mayor parte de esta relación está sacada de la Profecía de Daniel (VII 9 y 10.)

98. Vamos á entrar en un abismo. La creación de las cosas visibles é invisibles, que se halla encerrada en estas cuatro palabras, es y

Esto es Dios como Dios: un Ser eterno simplisísimo y Trino. ¿Mas cuáles son sus demas atributos y perfecciones? Si lo queis oír de sus propios labios, ya os lo anuncia: “Ego Deus Omnipotens,” (66) es pues omnipotente: “Ego Sapientia,” (67) él es pues la sabiduría: “Sanctus, sanctus, sanctus, Dòmine Deus,” . . . . . (68) es pues santísimo: “Sedisti super thronum que júdicas justitiam,” (69) es pues la misma justicia: “Quó ibo à spírítu tuo, et quo à facie tua fugiam? Si ascendero in coelum, tú illic es: si descendero in infernum, ades,” (70) es pues inmenso. . . . . “magnitudinis ejus non est finis,” (71) es pues infinito: “Quis poterit scrutari vías ejus?, (72) es pues incomprendible. “Deus est charitas,” (73) es pues la fuente de la caridad y del amor perfecto: “Ego sum véritas. . . . .” (74) es pues la misma verdad: “Confitemini Domino quoniam bonus,” (75) él es pues, la bondad por esencia: “Confessio et pulchritudo in conspectu ejus,” (76) es pues la hermosura digna de toda alabanza: “Tua est, Domine, magnificentia et potentia, et gloria, atque victoria,” (77) él es pues, la suma verdaderamente gloriosa de todas las perfecciones divinas; y como todas estas tienen que guardar entre sí la mas perfecta y cabal relacion, porque Dios es un ser simplisísimo, y porque las mismas perfecciones finitas y transitorias de las criaturas, están revelando la fuente infinita y eterna de donde salieron, todas ellas son infinitas, inmensas y eternas, porque todas ellas constituyen en su excelso, brillante y magnífico concierto, al mismo Dios, infinito, inmenso y eterno. “Quis ut Deus?” “¿Quién como Dios?” (78)

Mas si queis oírlo de boca de sus criaturas, ellas os responderán á una voz, que el poder, la sabiduría, la caridad, la recti-

- 66. Genes XXVII.
- 67. Prov. VIII. 12.
- 68. Isaí. VI. 3.
- 69. Psal. IX. 5.
- 70. Psal. CXXXVIII. 7 y 8.
- 71. Psal. CXLIV. 3.
- 72. Job. XXXVI. 23.
- 73. I. Juan IV. 16.
- 74. Joan XIV. 6.
- 75. I. Pral. XVI. 34.
- 76. Psal. XCV. 6.
- 77. I. Paral. XXIX. 11.
- 78. Psal. CXII. 5.

tud, la justicia, la santidad, la bondad, la magnanimidad, la misericordia, la mansedumbre, la gracia de la hermosura y toda otra cualquiera perfeccion posible ó imaginable, [79] que pueda encontrarse en ellas, y fuera de ellas; todas, sin excepción, se en-

79. Ocúrrenos aquí la siguiente cuestion: ¿la actividad es una perfeccion? porque si lo es, se halla en Dios: si se halla en Dios, se halla esencial y por lo mismo infinitamente, porque en Dios nada es accidental. En este concepto, á nuestro entender, la pregunta relativa, no debia ser esta: ¿“Qué hacia Dios, antes de crear al mundo?”; porque en tal caso, con el mundo y sin el mundo, Dios estaria ocupado, y ocupado infinitamente; mas el mundo es poca cosa para la actividad propia de un Dios; el mundo lo hizo con solo querer, con solo ordenarlo: “quia ipse dixit, et facta sunt: ipse mandabit et creata sunt” (Psal. CXLVIII. 5.); luego la pregunta deberia ser esta otra: ¿En qué se ocupa Dios? ¿En qué emplea esa actividad infinita, si es que la tiene? Vamos á exponer nuestro sentir. La actividad es una perfeccion, puesto que por ella ponen los seres en accion las facultades que les son propias, á fin de que no permanezcan ociosas, sino que antes bien, llenen y cumplan sus propios destinos. Si pues en Dios hay esas facultades, como lo testifican la creacion y la revelacion ¿dònde y cómo pone en accion ese omnipotente poder, esa infinita sabiduría, ese perfectísimo é inagotable amor, y todas esas otras infinitas perfecciones que constituyen su eterno ser? ¿Podremos encontrarla en esa Divinidad de una personalidad trina? Por lo que tiene de Trino, es esencialmente activo, porque tiene ad extra en quien ejercer su actividad, y por lo que tiene de Dios, lo es infinitamente. Como Padre tiene un poder generador que le ha hecho decir: “por ventura yo, que doy á los demas el poder de engendrar, seré estéril?” nun ego, qui generationem cæteris tribuo, stérilis ero? (Isai. LXVI. 9.); y poniendo esa Paternidad en accion, ha engendrado espiritualmente al Hijo, como lo reveló el Salmista en aquel: “ego hodie genui te.” (Psal. II. 7.): Contémplanse á continuacion el Padre y el Hijo; y como esta gloriosa contemplacion de las altísimas perfecciones divinas, no podia menos de producir un mútuo é infinito amor, en esta mútua y divina contemplacion, producen inefablemente al Espírítu Santo. Mas en esta generacion, es el Infinito el que engendra, y que engendra al Infinito, porque tan Dios es el Padre como el Hijo, aunque ambos son el mismo y solo Dios: es el Infinito el que engendra, y que engendra en el seno de la eternidad; y quien dice eternidad, dice una perenne, siempre actual y perpetua duracion; luego la generacion del Verbo por el Padre, es eterna, es decir indeficiente, siempre actual. Lo mismo decimos de la espiracion del Espírítu Santo por el Padre y por el Hijo. Hé aquí, pues, al Padre, siempre activo, en la generacion inefable del Hijo, á quien comunica

cuentran en Dios como en su fuente, en un grado tan alto y tan asombroso, que siendo ellas tan innumerables; no por haberlas Dios enriquecido à todas, ha padecido por esto en un solo ápice de su gloria; sino que, por el contrario, mientras mas las dà, mas rico queda

su misma esencia y demas perfecciones divinas: hé aquí al Padre y al Hijo siempre activos, en la contemplacion recíproca de sus infinitas y divinas perfecciones, espirando eternamente al Espíritu Santo, término y expresion divinamente inefable del amor con que se aman el Padre y el Hijo, y à los cuales él estrecha con el lazo sacratísimo de su personalidad divina. Hé aquí, pues, al Padre, como poder eterno, indeficiente, siempre actual y siempre activo, al Hijo, como sabiduría eterna, indeficiente, siempre actual y siempre activo (como reflejo vivo del Padre), y al Espíritu Santo, como expresion del amor eterno, indeficiente, siempre actual y siempre activo.

Porque la actividad es la expresion y reflejo de la vida, es la vida misma; así como la inaccion, es la muerte, es la imágen de la nada, ó la nada misma; la nada es esencialmente inmutable. Mas Dios es la vida misma: "Ego sum vita" (Joan XIV. 6.), y vida llena de accion: "Pater meus usque modo operatur, et ego operor" (Joan. V. 17.)

Nada arguye esta actividad contra la inmutabilidad de Dios. Aquellas palabras de Ma'quias: "Ego enim Dominus et non mutor" (III. 6.), no se refieren à la inmutabilidad de la inaccion, sino à la esencia inmutable de Dios, que dista infinitamente de la versatil condicion y naturaleza de las criaturas, que en su propio ser, llevan el gérmen de las vicisitudes y mudanzas en que viven. Tampoco arguyen nada contra la Providencia, en el órden moral, pues de lo contrario, si Dios fuera Justicia inmutable en aquel sentido, seria tambien justicia inexorable, y entónces no diria como dice él mismo de sí: "Deus est propitius elemens et misericors" (Esd. IX. 17.): si Dios fuera misericordia y munificencia inmutable, no seria un Dios Suprema Razon; sino un Dios indiferente para la iniquidad ó el bien obrar, y entónces no diria: "Ego ultor existam" (Deut XVIII. 19.); y así podriamos decir de sus demas virtudes, que léjos de ser exclusivas, cada cual en su accion, forman, por el contrario, la armonía y concierto infinitamente inefables propios de un Dios.

Es actividad que tampoco arguye trabajo, porque el trabajo es hijo del tiempo, es la accion penosa del que lleva en sí el sello de la muerte, cuyo aguijon siente sobre sí constantemente; por esto aun el mismo Dios, en la adorable persona del Cristo, sintió trabajo, y sufrió y aun murió, *passus est pro nobis*, porque revestido de la humanidad *passibile*, cargó sobre sí con nuestras miserias, conquistándose con afan aquel trono *que pesó sobre sus hombros*: "ejus imperium super húmerum ejus" (Isai. IX. 6.); y por lo mismo, aquel: "et quievit die séptimo

en su glorificacion externa, sin sufrir menoscabo alguno en la que le es propia: y que aquel que las crió en grado tan asombroso así

ab universo ópere quod patrarat" (Genes. II. 2.); propiamente se entiende del descanso à que se entregó, ya triunfante, ya glorioso, despues de la tremenda fatiga y sufrimientos de la Redencion. Por el contrario, el hombre, ya levantado de su postracion y del poder de la muerte, por ese Cristo bendito, que muriendo nos dió la vida; cuando *resurite glorioso, será impassible*, y entrará al Reino de la eternidad à glorificar al Rey de los cielos, con una actividad inmensa, en la inefable posesion y contéplacion del Dios de los misterios; del Dios Trino y Uno, que crió al mundo, lo redimió y lo santificó, con su poder, sabiduría y amor.

Si pues tal sucederá en la criatura ya gloriosa ¿qué no sucederá en el Rey y Señor de la gloria? Si de él ha dicho Isaías: "non est laborans in eo" (V. 27.), lo que nos ha revelado en esto es, que en él no hay cansancio, no hay fatiga, "*non est deficiens*, como agrega ahí mismo.

Dios, pues, es un ser infinitamente activo; su accion sobre el universo, solo es el reflejo, solo es la manifestacion que hace à las criaturas, de su eterna é inagotable accion en el altísimo misterio de su Trinidad. ¡Actividad Santa! ¡actividad inefable! ¡actividad, que guarda perfecta relacion con Dios: como las demás divinas perfecciones, es infinita y es tranquila al mismo tiempo, infinita, por la fuente eterna é inagotable de donde se deriva, y tranquila, por la paz que la acompaña y la rodea, y que nace del mismo Dios, autor de la paz "Deus pacis." (Jerem. XXI. 11.)

Despues de escrito esto, me ocurrió ver à Nicolás Augusto, en sus "Estudios filosóficos sobre el Cristianismo," para ver si aun podia dar mayor fuerza de autoridad al misterio de la Trinidad, pues aunque poseia esta obra, no lo habia leído, sino en uno que otro punto, por la agitacion en que nos ha tenido la revolucion en que vivimos; mas ¿cuál seria mi gozo al ver ahí probado el punto de que me ocupo, y à cuyo término me condujo mi sola razon? Debo, sin embargo, confesar que ahí está tratado el asunto con mayor extension, y aun patentizado con imágenes y cuadros de un vivo colorido; y si no cito aquí sus palabras, es porque à la vez de difundirse él mas, me parece aquí ese punto suficiente y rigurosamente probado. Solo añadiré una reflexion suya, aunque en términos mas compendiados: "Quitad à Dios la facultad de pensar y de amar (esto es, la facultad de poner en accion su inteligencia y su amor, los objetos sobre quienes deben recaer aquellas facultades, y el grado infinito con que debe de ejercerlas, segun su ser), y le habreis quitado lo que le constituye espíritu y alma..... le habreis aniquilado.